

periscopio

EL REGRESO DEL BRUJO

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

EL REGRESO DEL BRUJO



edebé

© Francisco Díaz Valladares, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.^a edición, febrero 2021

ISBN: 978-84-683-4823-0
Depósito legal: B. 8410-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mis queridos amigos: José Luis, Irene, Marina y Candela. Mi agradecimiento a Reina Duarte por el apoyo y ánimo recibidos durante el confinamiento para acabar esta novela en tiempo y forma.

«Vosotros también sois hijos del coltán. Todos lo somos. Ellos mueren arrancando el mineral de las entrañas de la tierra por veinticinco céntimos de euro al día para que nosotros disfrutemos mandando wapsaps gratuitos a los amigos. El eterno problema del mal llamado tercer mundo. Como si aquí viviéramos en mundos diferentes. Cuando tengamos el móvil en las manos tendríamos que preguntarnos cuánto han costado las tripas del dichoso aparatito».

1. *Visita inesperada*

A menudo me pregunto si tenemos que buscar la luz o perder el miedo a la oscuridad.

El abuelo Pablo abrió los ojos de súbito. Algún ruido extraño lo había sacado del sueño. Se incorporó sobre los codos y prestó atención.

Nada.

La luz de la luna filtrada entre las rendijas de la persiana proyectaba sobre la pared de enfrente líneas paralelas de color cerúleo, semejantes a las cuerdas de una guitarra, y barnizaba el resto de la habitación con una penumbra lechosa, un poco lúgubre. En ese momento fue consciente de su atuendo. La noche anterior había llegado tan cansando que se había tumbado sin desnudarse. ¡Ni siquiera se había quitado las botas! Su mirada se enfrentó a las tres fotografías enmarcadas en plata colocadas sobre la cómoda, al otro lado de los pies de la cama, y notó un repentino escalofrío en el espinazo: Lilian, su mujer, a quien seguía añorando como el primer día desde que la muerte los separó; Julen, su nieto; y Élodie, la hija de Kanja, su inseparable compañero masái. Suspiró. Ya faltaba poco para que Julen y Élodie regresaran a pasar las vacaciones con él. Cada vez era mayor el deseo de tenerlos cerca; sus risas, sus voces, sus peleas... Sin duda, los años empezaban a

hacer mella en su soledad. Hacía mucho, cuando Pablo vivía en Kenia, había rescatado a Kanja de las garras de un león salvándole la vida y, desde entonces, el masái y su mujer Kainda no se separaban de su lado. Élodie, la hija de ambos, nació unos meses después de Julen y habían crecido juntos en la selva de Virunga. Sin embargo, Julen vivía ahora con sus padres en Estados Unidos y Élodie cursaba estudios en España, pagados por Pablo. El último verano se habían enamorado y mantenían una relación que Pablo veía con buenos ojos, porque quería a Élodie como a un miembro más de la familia.

Un temblor momentáneo agitó la cama y el suelo del dormitorio. El volcán Nyiragongo llevaba días amenazando con una erupción. Con toda seguridad, se había despertado por ese motivo. Se relajó un poco.

Los recuerdos de la última visita de Élodie y Julen fermentaron dentro de él y lo arrastraron hasta un desagradable estado de ansiedad. En varias ocasiones estuvieron a punto de perder la vida al tratar de arrancar a Élodie de las garras del hechicero Buku: la riada, el león, las arenas movedizas, los residuos tóxicos... Llevaba media vida en el continente africano; primero en Guinea Ecuatorial, luego en Kenia y, por último, en el Congo como director del Parque Nacional de Virunga, pero no recordaba haber vivido tantas aventuras y peligros en...

Un soplo de aire barrió la hojarasca del jardín y vapuleó los árboles y la fronda cercana.

Giró la cabeza hacia la ventana.

La selva palpitaba serena, inmersa en su madrugada: el barritar lejano de un elefante, el grito histérico y continuado de un chimpancé alertando de la cercanía de algún depredador, el revoloteo de un pájaro... Todo normal...

De pronto, un «¡¡¡ññiiic!!!» le llevó a volver la cabeza de nuevo y prestar atención a la puerta de entrada al dormitorio.

Contuvo el aliento mientras trataba de averiguar su procedencia.

Enseguida identificó el ruido y se estiró.

Alguien había pisado la tabla suelta de la entrada al salón. ¿Un animal? No sería la primera vez que entraba uno de los leopardos que merodeaban por los alrededores de la casa. Se sentó al borde de la cama con la atención anclada en lo que pudiera haber fuera del dormitorio. Si era un animal, bastaría un disparo al aire para asustarlo. Buscó con la vista el armario acristalado donde guardaba sus rifles de caza. Era fundamental llegar hasta él antes de que asomara por la puerta.

Con sigilo se puso en pie, dio unos pasos procurando hacer el menor ruido posible y abrió la puerta del armero apretando los dientes, como si con ello tratara de minimizar el sonido perpetrado al desencajarse la hoja del marco. Sacó uno de los fusiles, le quitó el seguro e introdujo dos cartuchos: uno de fogueo en la recámara y el segundo normal en el cargador. Tal vez bastaría con el estampido del primero para que echara a correr y no tendría necesidad de usar el segundo. Acerrojó el rifle y se encaminó hacia la salida del dormitorio con cautela.

Iba pensando que, si el animal se ponía agresivo, tendría que dispararle. No le gustaba disparar a los animales si no era por pura supervivencia. Ellos están en su hábitat y...

¡¡¡Ñiiic!!!

De nuevo el crujido.

¿Se estaría marchando de la casa?

Podría ser un leopardo, sí. A lo mejor había entrado a olisquear y se marchaba.

Apoyó el hombro sobre la pared, asomó la cabeza y retrocedió de inmediato, lo justo para echar un vistazo al salón y volver a ocultarse tras el quicio.

Nada.

¿Se habría ido o estaría esperándole? Los leopardos suelen vigilar a sus presas desde lo alto de los árboles antes de atacarlas.

Empezó a preocuparse.

Pablo se lo imaginaba agazapado, acechando, a punto de saltar sobre él al menor descuido. «Tengo que estar atento. El ruido que ha hecho la puerta del armero al abrirse lo habrá puesto sobre aviso. Me estará esperando. Creo que no ha sido buena idea meter un cartucho de fogeo en la recámara».

Otra visual, tenso, fusil en ristre. Las manos apretando el arma y el dedo, nervioso, en el gatillo.

Esta vez mantuvo la cabeza asomada, escrutando cada rincón, tratando de averiguar dónde podría estar oculto el animal. La luz de la luna tamizada por las vidrieras de cristal emplomado, color ámbar, inundaba la estancia de un inquietante halo. ¿Dónde estaría? La chimenea, la mesa del comedor, el macetón con el

ficus en el rincón, la mecedora, el sillón de respaldo colonial, la librería de bambú...

De súbito, una sombra saltó desde el lateral, agarró el cañón del fusil y tiró de él. Pablo dio un traspié al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Se oyó una detonación, seca.

La selva enmudeció unos segundos.

Un cabezazo en la nariz le hizo perder unos instantes el conocimiento, pero enseguida se repuso y atinó a darle un culatazo en la cara a su adversario. Otra sombra y otra y una cuarta se abalanzaron sobre él. Pablo perdió el fusil, pero se revolvió en el suelo y logró ponerse de pie. Reparó entonces en que giraban a su alrededor; no obstante, descargó un puñetazo y alcanzó el rostro de uno al tiempo que conseguía soltar un puntapié a otro y arrojarlo contra la pared. Aprovechando el desconcierto de los atacantes, intentó agacharse para recoger el fusil, pero una fuerte patada en plena cara le impidió llegar a su objetivo.

En ese momento, la figura de Kanja apareció con su inseparable lanza bajo el quicio de la puerta. Ojos abiertos de par en par, respiración agitada, confuso. Balbució unas palabras en suajili:

—*Nini... nini kinaendelea...*¹

Al masái no le dio tiempo a continuar. El agresor al que Pablo había lanzado contra la pared recogió rápido el fusil del suelo y trató de estamparle la cantonera en la ternilla de la nariz. Kanja retrocedió de forma instintiva y lo esquivó moviendo la cabeza.

1. Qué... qué está pasando...

De forma también instintiva proyectó la lanza hacia delante y rozó el hombro de su atacante, lo que no impidió que este volviera a repetir el golpe y, entonces sí, le acertó en plena cara y le rompió la ceja y la nariz; sonó como cuando se astilla una rama. El masái reculó, se tambaleó y logró sujetarse en la librería de bambú. A pesar del intenso dolor pudo incorporarse; sin embargo, no veía con claridad. Trastabilló unos pasos hacia la salida, perdió pie en la escalinata del porche y cayó rodando, desvanecido.

El agresor se giró ahora hacia el tumulto ocasionado por la lucha entre Pablo y los demás asaltantes y apuntó al pecho del abuelo.

Se oyó otro disparo.

La selva volvió a enmudecer mientras el eco de la detonación se perdía entre las copas de las palmeras.

Esta vez, la bala que salió por el cañón era de verdad, no de fogueo.

El cuerpo de Pablo exteriorizó unos estertores y quedó inmóvil, tumbado en el suelo, laso...

Un líquido parduzco empezó a brotar de su costado derecho formando un río mortecino que se extendía lento por el piso del salón.

—*Umemuua. Mchawi Buku alimtaka hai.*²

2. Lo has matado. El brujo Buku lo quería vivo.